

quema eternamente. Pero bajo las cenizas, ¡qué ardor inextinguible!» Y agregaría, segura de su ardorosa y trascendente vivencia: «Lo que nosotros nos escribimos no lo han confesado ni Romeo y Julieta ni Abelardo y Eloísa». Culminaría luego con estas inmutables certidumbres: «Me sentí como una auténtica Matilde Wesendonk que estaba profundamente vinculada a Wagner y debía ser conquistada por todo el mundo. Inspiré a Oskar en grandes pinturas como Matilde inspiró entonces a su Richard para el drama musical más grande de la historia».

Trato de mirar más allá. En los ojos que el mismo Kokoshka inmortalizaría en ese increíble lienzo que tituló *La tempestad*. Ese lienzo que en el Museo de Basilea subyuga a cualquiera que tenga la suerte de pasar a su lado. La tempestad es la que los esperaba más tarde. Un aborto en la relación entre ellos los aleja temporariamente. Antes, le pide él, Kokoshka, que sea su esposa. Ella no puede remontar la cuesta de ese aborto y además, teme a Kokoshka. Ese diluvio pasional era excesivo para sus necesidades esenciales, para sus salones literarios, para sus amigos célebres, para seguir siendo esa musa polifacética vestida de señora fin de siglo. El amor, cuando se transforma en puro temblor incandescente, no admite el paso hacia las instituciones. Ella, que se autodesignaba «la novia del viento» (recordando una pintura de Kokoshka), no dudó un solo instante en ceder a las pretensiones de Walter Gropius y se casó con él, casi inmediatamente del aborto. El lema de Gropius «crear la belleza y amarla», la sedujo sin más y necesitada de «huir de las llamas» buscó esa agua tranquila, «ese hombre hermoso», que todo lo diluiría en su «lago pacífico». Su unión con Gropius no era «una electrificación a primera vista» pero ese «arquitecto rojo» (como lo llamaba Hans Pfitzner) era un hombre bueno y ella necesitaba ese punto de apoyo para no caer otra vez en los brazos de aquel pintor que la excedía en capacidad de pasión y «en excesos sexuales».

Trato de mirar más allá, en el dolido misterio de esos ojos que acaban de abortar. No pasa mucho tiempo y ella está otra vez embarazada. Gropius está en el frente de guerra. ¿De quién es el hijo? ¿Del mismo Gropius? ¿De Kokoshka? ¿De Werfel? Porque en ausencia de Gropius, es Werfel quien nace a la vida amorosa y que vive con ella —embarazada de siete meses, insisto— una noche de entrega total y profusa sexualidad que produce en ella una hemorragia intensa que hace peligrar su vida y la de su hijo. Mientras Gropius regresa del frente, adonde le han teleografiado el grave estado de su mujer, Werfel huye de la casa, culposamente. «Los últimos días de julio de 1918 no sólo me llevaron al borde de la tumba, sino que me unieron también inseparablemente al hombre que sería mi amante y el compañero de mi vida», escribió ella más tarde. Werfel, que mezclaba los baños de purificación judíos con los padrenuestros, que hacía de Sigmund Freud un inseparable compañero del Golem de la Praga medieval, que señalaba místicamente que el destino del hombre no era elegir entre izquierda y derecha, sino entre arriba y abajo, que quería crear una Asamblea Internacional de Escritores para gobernar el mundo (en un mensaje patético y profundo a la Liga de las Naciones), Werfel, digo, es ese amante y compañero que ella descubre en una noche de pasión y drama. Cuando el niño nació (moriría meses después) escribió Werfel: «Al instante tuve la certeza de que era de mi raza. Respiraba con rapidez, se movía mucho mientras soñaba, tenía una expresión... la vibración de

su sustancia parecía muy semita». También ella creía que era hijo de Werfel. Solamente Gropius parecía no dudar de su paternidad. Días más tarde, Gropius dejaría en casa de Werfel esta tarjeta: «Vengo a presentarle mi estima con todas las fuerzas de las que dispongo. Dé buen trato a ella. Puede pasar una desgracia. ¡Ay, si nuestro hijo muriera!». Un «nuestro» hecho a la medida de la grandeza de esos hombres lúcidos que la rodeaban. No obstante, ella insistía en su rol materno: «A veces me parece como si Franz Werfel no fuera adecuado para mí. ¡Es tan joven y tan ávido! Pero lo amo como se ama a un hombre-niño». Ya enfermo Werfel, ella exclamaría: «Hoy soy tu mitad, y tú, querido mío, eres mi tú entero».

Trato de ver más allá aún, en esos ojos siempre vivos de un cuerpo ya apagado por los años. La guerra, la persecución antisemita («Mi destino está unido a los judíos. No puedo vivir sin ellos»), la huida de Viena, las atrocidades nazis, París, el sur de Francia, Barcelona, la alucinación de la libertad, la enfermedad, y luego, milagrosamente, los Estados Unidos. Entonces, Upton Sinclair, Thomas Mann, los Schönberg, Bruno Frank, Marc Chagall, Alfred Neumann, Bruno Walter, Lotte Lehmann y muchos más. La muerte de Werfel golpea otra vez su corazón. Ella ordena que sea enterrado exactamente como él lo había indicado en su novela *La estrella de los no nacidos*: vestido de smoking, con camisa de seda y otra camisa de seda a su lado, además del pañuelo de cuello. Y sus gafas, como las había llevado siempre, en el bolsillo de la chaqueta. En el entierro, Bruno Walter toca el órgano y Lotte Lehmann canta un lied de Schubert. Pero su vida y la vida de sus fantasmas siguen dando noticias de una historia que eternamente resurge, como lo había vaticinado Werfel respecto del espíritu del hombre. Se vuelve a tocar en Viena la Primera Sinfonía de Gustav Mahler y se descubre una placa conmemorativa que dice: «En recuerdo de la histórica fecha de la Resurrección de Gustav Mahler en Viena». Werfel le deja un poema: *Llenabas de vida todo este aposento. | Respirabas aquí, llamando, riendo, hablando. Y yo, y yo —cómo me destroza eso el corazón— me llenaba de ti y no tenía miedo*.

Trato de ver más allá. Y allí está, detrás de sus ya septuagenarios ojos, esta carta que ella recibe exactamente en el verano de 1949 y que no puedo dejar de transcribir totalmente:

«Mi querida Alma: sigues siendo una criatura salvaje igual que en aquel tiempo en que te entusiasmoste por primera vez con *Tristán e Isolda* y utilizabas una pluma de ave para garabatear en tu diario anotaciones sobre Nietzsche con esa misma letra fluida e ilegible, que sólo yo sé descifrar, porque conozco tu ritmo. No dejes que los amigos que preparan la celebración de tu cumpleaños te amarren a un año de calendario, estúpido, casual y pasajero. Diles que, en vez de eso, te levanten un monumento vivo e imperecedero, es decir, que encuentren a un poeta verdaderamente americano, con un sexto sentido del idioma, la exposición, el ritmo y la cadencia. Uno que conozca la escala afectiva desde la ternura hasta la sensualidad más silenciosa; que sea capaz de libar de mi *Orfeo y Eurídice* y de traducirlo al americano (no al inglés moderno) para que podamos decir al mundo lo que nosotros dos hemos hecho de nosotros y contra nosotros y podamos transmitir a la posteridad la embajada viva de nuestro amor. Desde la Edad Media no ha habido nada semejante, porque ninguna pareja amorosa se ha compenetrado nunca con tanto apasionamiento. Como ves, te propongo un plan

hermoso, y como vas a necesitar tiempo, podrías olvidarte tranquilamente del calendario. Yo no sé siquiera cuándo nací ni quiero tampoco que me lo recuerden. Disfruto con la idea de escenificar el *Orfeo* después de traducido, iluminando así con él la vida de la generación joven con el fuego avivado por nosotros. Nosotros dos permaneceremos siempre en el escenario de la vida cuando la repulsiva banalidad de la trivial imagen del mundo contemporáneo tenga que dar paso a un esplendor nacido de la pasión. Contempla los aburridos y prosaicos rostros que te rodean: ninguno de ellos ha conocido la tensión de la lucha con la vida, nadie excepto este amante tuyo al que un día consagraste tus reconditeces. Recuerda que ese juego de amor es el único hijo que tenemos. Cuídate bien y pasa tu cumpleaños sin resaca. Tuyo, Oskar.»

Más allá queda, si queda algo ya detrás de esa definitiva mirada, los muchos viajes aún sin hacer, las pérdidas, las ausencias, las músicas calladas, y esa confesión final que todo lo ilumina: «He tenido una vida hermosa. Dios me permitió conocer obras geniales de nuestro tiempo antes que dejaran las manos de sus creadores. Y si me fue dado sostener algún tiempo los estribos de esos abanderados de la luz, mi existencia queda justificada y enriquecida. Tengo mi vida por delante como un libro abierto. Veo aún ante mí la muerte de mi padre, la de Gustav Mahler, la de Manón, la de Franz Werfel. He perdido mucho pero no puedo quejarme: el sufrimiento está compensado por toda la felicidad que me tocó vivir. Cualquiera persona puede hacerlo todo, pero tiene que estar, también, dispuesta a todo».

Dispuesta a todo. No puedo olvidar una imagen que ha quedado en mi imaginario como si fuera una secuencia cinematográfica. Ella, con el busto de Mahler bajo el brazo, recorriendo una Viena de posguerra casi totalmente destruida, y buscando en medio de las ruinas, un lugar para su colocación. Después de la reinauguración de la Opera, en el año 1855, el busto de bronce de Mahler brotado por Auguste Rodin fue colocado en el *foyer*, lugar donde actualmente se encuentra. Ella no asistió a dicho acontecimiento porque había demasiados nazis aún en el mundo de la cultura vienesa. «¿Yo, Alma Mahler-Werfel, puedo estar junto a ellos? Ellos lo han destruido todo. ¿No están pisoteando aún lo último que queda?».

Su nombre, polémico, desconcertante para algunos, apasionado para otros, contradictorio, vibrante y cortesano, fue el nombre del amor. Esencialmente, del amor a la cultura. Del amor al arte. Su piel fue el teclado donde sonaron las más hermosas melodías de este siglo. Además del patrocinio del abrazo creador, fue, antes que nada y que nadie, una preñez del estremecimiento compartido, allí donde una corchea, una pincelada o una palabra buscaban su camino definitivo. Muchas veces ese camino finalizaba en su piel. Por delante de los bienamados y malhadados comentarios del siglo mismo, ella está allí, y muchos de nosotros aún la queremos de verdad. Novia del viento, canción de la tierra, *Almschilitzili* (como te llamaba Mahler), *¡sólo tú!* (como te llamaba Werfel), *Pilusica* (como te llamo yo), que tu Lyra nos siga ayudando a creer en ese único estremecimiento que señala para siempre la existencia del amor y la cultura.

ARNOLDO LIBERMAN
Avda. San Luis, 93
MADRID